

Luna oculta

RACHEL HAWTHORNE

Traducción de Elisa Mesa Fernández



Libros publicados de Rachel Hawthorne

LOS GUARDIANES OCULTOS

1. Luz de luna
2. Luna llena
3. Luna oculta

Próximamente:

4. *Shadow of the Moon*

Título original: *Dark of the Moon*

Primera edición

© Jan L. Nowasky, 2009, published by arrangement with HarperCollins Children's Books, a division of HarperCollins Publishers.

Ilustración de portada: © Calderón Studio

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-678-0 Depósito Legal: B-34792-2011

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 11

Para Gretchen, Kari y Zareen.

Los autores siempre nos sentimos agradecidos por contar con un magnífico editor en un proyecto. Yo fui bendecida con tres. Chicas, gracias por vuestra guía, edición y entusiasmo con *Los guardianes ocultos*. No existirían sin vosotras.

Prólogo



La muerte ronda en las sombras. Un rayito de la luz de la luna se cuele por la rendija de la ventana. Siempre he obtenido consuelo de ella, pero esta noche es Connor quien me lo da.

En nuestra prisión, un montón de mantas ablanda el suelo bajo nuestros cuerpos. Tenemos otra echada por encima. Connor no se ha molestado en ponerse la sudadera que le he traído, así que disfruto del lujo de acariciarle con los dedos el pecho desnudo.

—No tengas miedo, Brittany —me dice con voz dulce y suave.

Pero ¿cómo no iba a tenerlo? Los dos sabemos que mañana podemos morir. Enfrentarse a la muerte dota a la vida de cierta urgencia. Todo lo que hemos aplazado de repente surge ante nosotros como sueños que tal vez nunca se cumplan.

Connor me estrecha contra él y me roza la sien con sus cálidos labios. Bajo la mano siento los fuertes latidos de su corazón. ¿Cómo puede latir tan tranquilo cuando el mío se sacude como un pájaro atrapado en una jaula?

Me roza la mejilla con la boca y oigo que inspira profundamente, inhalando mi perfume. Hundo la cara en la curva de su cuello y me lleno los pulmones con su aroma único. Incluso aquí, prisioneros en este edificio, huele a libertad: a



tierra fértil, a néctar dulce, a follaje abundante. Huele a todo lo que adoro, y más.

He esperado mucho tiempo para sentir sus manos recorriéndome la espalda, apretándome contra él. No quiero que este momento acabe.

—No tengas miedo —susurra de nuevo.

Entonces la bestia que lleva dentro, la que siempre ronda la superficie, se libera y ahuyenta la delicadeza. Me besa ansiosa y desesperadamente, como si con la avidez pudiéramos evitar la llegada del enemigo. Yo le devuelvo el beso con impaciencia, deseando experimentar la vida con una pasión que no había conocido antes. Admito que, en circunstancias normales, no estaríamos devorándonos ni acariciándonos. Pero estas no son circunstancias normales.

Nos han despojado de todo excepto del intenso deseo de experimentar aquello que pronto se nos negará.

—Te quiero, Brittany —murmura.

Comienzo a temblar y el corazón me late con tanta fuerza contra el pecho que tengo miedo de que me rompa las costillas. Con esas palabras me ha dado todo lo que siempre he deseado, lo que no me merezco.

¿Su amor se convertirá mañana en odio cuando descubra que lo he traicionado?





Ocho días antes

Aquella noche era la gran noche, la que había estado esperando toda mi vida. El despertar, la primera transformación, la pérdida de mi virginidad con la luna.

Me había quitado toda la ropa y estaba sentada encima de ella, en un pequeño claro del bosque, rodeada de altos árboles. Tenía la piel de gallina. Era verano, julio, pero nuestro recinto oculto, Wolford, estaba ubicado en un parque nacional que limitaba con Canadá. Cuando el sol se ponía, las noches eran frías.

Esperaba llena de impaciencia. Nunca había deseado nada tanto como aquello. Bueno, excepto, tal vez, una pareja.

Pero no podía evitar pensar que, después de aquella noche memorable, tras haber demostrado que era digna de ello, por fin, el hombre apropiado aparecería y me reclamaría.

Había cumplido diecisiete años tres días antes y, desde entonces, aquella era la primera luna llena. Cuando llegara a su cénit, me transformaría en una criatura espléndida: en un lobo.

Lo había imaginado cientos de veces. Me despojaría de mi caparazón humano para revelar lo que siempre había sabido que vivía dentro de mí. Deseaba con todas mis fuerzas que



ocurriera. Aunque sabía que debería estar aterrorizada, no lo estaba. Mi pelaje sería negro azulado, igual que mi cabello, y mis ojos seguirían siendo de un azul intenso. Aquel mismo verano Connor me había dicho que le recordaban a un océano rodeado de más océano. Estábamos bebiendo cerveza con unos campistas y sabía que lo que decía, arrastrando las palabras, no significaba nada, pero de alguna manera me había dado esperanzas de que se convertiría en mi pareja. Pero la esperanza se había marchitado y se había quedado en nada, así que me centré en el objetivo más importante, en el bien más grande.

Desde que existimos, el macho de nuestra especie había elegido a su pareja después de su transformación, pero antes de la de ella. Pasaba por la experiencia solo, pero permanecía junto a su pareja cuando ella se enfrentaba a su primer cambio, guiándola para que sintiera más placer que dolor. Durante generaciones, ninguna mujer había pasado sola por el cambio, y a las que lo habían hecho en el pasado se las consideraba mitos. Según la leyenda, sin una pareja la mujer se enfrentaba a un dolor atroz, seguido de una muerte segura.

Y yo estaba a punto de descubrirlo, porque nadie me había pedido que fuera su compañera. Los mayores, los hombres sabios de nuestro clan, que nos guiaban con su sabiduría, habían intentado emparejarme con un chico (con Daniel) para que no tuviera que pasar aquella noche sola. Yo sabía que lo hacían con buena intención y que estaban intentando protegerme, pero no me conformaba con cualquiera. Quería a Connor McCandless.

Así que dos noches antes me había escabullido de Wolford. Sabía que Daniel, con su sentido del olfato, podría rastrear me



si quería. Pero también conocía de sobra que era el tipo de chico que respetaría mi decisión de irme sin él. En algún lugar estaba la chica apropiada para él, y los dos sabíamos que no era yo.

La primera transformación era una experiencia íntima y personal y yo no quería pasar por ella con alguien que era un mero suplente de lo auténtico, de mi verdadera pareja. En mi corazón, siempre sería Connor. Si pasaba por ella con otro hombre, sentiría que estaba engañando a Connor. Era un pensamiento irracional, porque nunca habíamos estado juntos, pero no podía evitar sentirlo.

Ese mismo verano mi madre se había ofrecido a experimentar la primera transformación conmigo, pero esa idea era tan espeluznante como la de ir al baile de graduación con ella. Así que la había animado a que hiciera su viaje estival de todos los años a Europa. Yo estaba bien sola.

Pero en ese momento, mientras observaba el orbe amarillo que poseía mucho más poder del que los humanos sospechaban, me invadió una soledad inusitada. Esa noche Connor estaba con Lindsey, porque ella también iba a pasar por su primer cambio bajo la luz de la luna llena. El verano anterior él había anunciado delante de todos que ella era su pareja. Connor pensaba que Lindsey era su amor verdadero, pero yo no estaba convencida. Poco tiempo después, la había descubierto mirando a Rafe. Pensé que tal vez lo deseara, pero estaba prometida con Connor y nuestras tradiciones no debían romperse.

No podía evitar el deseo de que Connor me hubiese elegido a mí. Se apartaba con los dedos el pelo rubio y enmarañado de sus increíbles ojos azules con un gesto muy mono. Era



alto, fuerte y su cuerpo estaba en perfecta forma por las constantes transformaciones. Como todos los cambiaformas macho, era depredador, peligroso y totalmente sexi.

No solo me sentía atraída por Connor por su destreza física. Sería estúpido decir que me encantaba su mente, pero me gustaba mucho la forma en la que evaluaba las situaciones, teniendo en cuenta todas las estrategias y sin recurrir a la transformación al menor problema. Sopesaba todas las opciones.

Deseaba que hubiera sido igual de cauto antes de anunciar que Lindsey era su pareja. Siguiendo una antigua tradición, se había tatuado en el hombro un símbolo celta que representaba el nombre de ella.

Me esforcé por no pensar en Connor y Lindsey llevando solo las capas ceremoniales reservadas a las parejas que se preparaban para su nueva unión. Había oído que pasar juntos por la transformación era una experiencia que unía de una manera increíble. Que no era solo la luz de la luna la que rozaba los cuerpos y los acariciaba, la que susurraba...

Dejando escapar un gemido, desterré de mi mente esas inquietantes imágenes. Ya iba a sufrir bastante aquella noche sin necesidad de pensar en ellos y en la atracción que los haría echarse uno en brazos del otro.

Levanté la mirada al cielo cuajado de estrellas. La luna que guiaba nuestros destinos ya estaba alta. Debería empezar a sentir algo en cualquier momento.

Como norma, nadie hablaba de su primera transformación. Era algo tan privado como la pérdida de la virginidad. Pero yo sentí que no me quedaba más remedio que preguntar por lo que me esperaba, así que había hablado con Kayla, que



había superado su primera transformación durante la pasada luna llena. Me había dicho que era como si la luz de la luna la hubiera acariciado y hubiera convencido a la bestia que vivía en ella para que se revelara.

Preocupada porque iba a pasar por ello sola, ya que ningún chico había mostrado interés en mí, me había estado preparando durante todo el año. Había aumentado mi resistencia corriendo todas las mañanas. Me había fortalecido los músculos usando pesas. Había disciplinado mi cuerpo para enfrentarme a ese increíble momento. Cuando mi bestia emergiera, yo la domaría y la controlaría. Estaba impaciente.

Si sobrevivía, entraría a formar parte de la leyenda. Confirmaría que los hombres no eran los únicos que podían superar la experiencia solos. De todas formas, era una idea muy sexista. Nuestra raza tenía unas costumbres realmente arcaicas. Deberíamos entrar ya en el siglo XXI. Pero yo tenía diecisiete años, era una chica liberada y estaba lista para abrazar mi destino. Aunque no incluyera a Connor.

Cerré los ojos y me imaginé cómo podría haber sido si él hubiera estado conmigo. Estaríamos tan juntos que ni siquiera la brisa podría pasar entre nosotros. Él me tomaría la cara entre sus manos grandes y, muy despacio, se inclinaría para besarme. Nos tomaríamos nuestro tiempo. Después me acariciaría los labios con los suyos y un hondo gruñido retumbaría en su pecho. Su bestia llamaría a la mía y esta respondería con un sonido más suave. Nos abrazaríamos, entraríamos en la espiral de placer y dolor y después nos transformaríamos juntos.



Pensar en él solo, sin Lindsey, me reconfortaba mientras esperaba. Si fingía que no estaba sola, tal vez pudiera soportar el dolor que me envolvería pronto.

¿Por qué no llegaba... mientras estuviera preparada para enfrentarme a él, antes de que aparecieran de nuevo las dudas que había estado manteniendo a raya?

Yo poseía la capacidad de transformarme, como un derecho de nacimiento que pasaba de padres a hijos con el ADN. Pero según se acercaba mi momento, había empezado a tener sueños muy inquietantes. En ellos yo miraba a la luna, esperando a que cumpliera su promesa. Pero era ella, y no yo, la que cambiaba. Se transformaba en el sol y yo continuaba siendo humana.

Kayla había dicho que había sentido que el cambio se aproximaba mucho antes de su cumpleaños, antes incluso de saber que poseía la capacidad de transformarse, pero yo no había sentido nada. Cuando la oruga está encerrada en un capullo, ¿sabe que saldrá de él convertida en mariposa?

Yo sabía que terminaría aquella noche transformada en un lobo, pero no lo podía sentir. El miedo se apoderó de mí. Me sentía como siempre lo había hecho: como una humana, como una «estática», que es el término peyorativo que empleamos para designar a los seres que no tienen la capacidad de transformarse.

Pero yo era una cambiaformas. Mis padres también lo eran. Había crecido rodeada de cambiaformas.

Intenté desear que llegara el cambio, pero esa noche era la luna la que mandaba. Después, sería capaz de transformarme a voluntad. Pero de momento tenía que calmar mi impaciencia, y eso era casi imposible. Deseaba ardientemente ser una



guardiana oculta hecha y derecha. Eran los protectores de nuestra raza, los caballeros, los que se encargaban de cualquier enemigo que quisiera atacarnos. En ese momento teníamos un enemigo increíblemente poderoso que amenazaba con destruirnos y la hora del enfrentamiento final se acercaba rápidamente. Yo quería formar parte de aquello.

Deseaba dejar de ser una aprendiz, y ocurriría aquella noche, en cuanto me hubiera transformado.

Abrí los ojos. La luna parecía estar más baja en el cielo. Pero eso no podía ser. Yo no había sentido ningún cosquilleo. Tal vez hubiera ocurrido sin que yo notara nada, pero cuando bajé la mirada vi que seguía siendo humana. Aún era una chica, no el lobo que siempre había imaginado ser: la criatura maravillosa que vivía en mi interior.

No, no, no.

Tal vez tendría que estar de pie. Me levanté de un salto y tendí los brazos hacia el cielo. Quería llamar a alguien, a algo...

Oí el eco distante de un aullido rompiendo la noche. Nunca antes había escuchado aquella voz. ¿Era Lindsey?

¡No! Eso no podía estar pasando. Yo no dejaría que sucediera.

Corrí como si pudiera alcanzar la luna, que desaparecía rápidamente, como si de alguna manera consiguiera...

¿Qué? ¿Tocarla? ¿Hacer que alcanzara su cénit de nuevo?

Me dejé caer al suelo y sentí lágrimas calientes corriéndome por las mejillas. No era justo. Pero era lo que siempre había temido. ¿Por qué otra razón no había visto Connor en mí a su pareja cuando me miraba? ¿Por qué, si no, no había sabido que yo era su destino? ¿Por qué había elegido a la estúpida de Lindsey?



Siempre había sentido que me faltaba algo: como si estuviera al margen de todo, como una intrusa que deseaba desesperadamente ser aceptada por la pandilla. La gente me admitía, pero siempre había habido una distancia. *No te acerques demasiado, Brittany. Eres una de nosotros, pero no estás unida a nosotros. Las chicas hablarán contigo, pero nunca confiarán en ti. Serán tus amigas, pero nunca te incluirán en su círculo más íntimo. Nuestros hombres lucharán junto a ti, pero nunca se sentirán atraídos por ti.* Nadie, absolutamente nadie, me había pedido nunca una cita. Nadie me había besado. Nadie me había mirado nunca con deseo.

¿No me transformaba porque no había un chico conmigo? Eso no tenía sentido. Era la luna la que nos cambiaba, la que nos llamaba.

Eché la cabeza hacia atrás y aullé... Pero no era el sonido de un lobo. Era el grito angustiado de una chica. De una humana.

Una humana cuya alma se estaba agrietando y cuyo corazón se estaba rompiendo.

No era una cambiaformas.

Yo, Brittany Reed, no era nada.





No recordaba haberme quedado dormida. Mi último recuerdo era gritar hasta desgañitarme y golpear la tierra con los puños hasta que me dolieron las manos. Pero en algún momento el cansancio debió de vencerme, porque cuando me desperté vi la luz del sol que se filtraba entre las hojas de los árboles.

Siempre me ha gustado la naturaleza, pero, de repente, ya no me sentía en comunión con ella. Pensé que podía oír a los árboles riéndose de mí mientras la brisa agitaba sus hojas. No sabía adónde quería ir, pero sí a donde tenía que ir. Debía regresar a Wolford. Los guardianes ocultos se reunían allí para encontrar la manera de proteger a nuestra (a su) especie. Bio-Chrome, una empresa de investigación, había descubierto que existíamos y estaba decidida a desvelar los secretos de nuestra (de su) capacidad para transformarnos, aunque eso significara matarnos (matarlos).

Me di mentalmente una patada en el trasero. Debía dejar de tener esos pensamientos divisivos. No se trataba de ellos, los cambiaformas, contra mí, la no cambiaformas. Éramos nosotros. Sí, algo había ido mal, pero no quería decir que no pudiera arreglarse. Tenía que estar abierta a la posibilidad de que se tratara de alguna casualidad de la naturaleza que



pudiera corregirse fácilmente. Tal vez mi cumpleaños estuviera demasiado cerca de la luna llena y necesitara otro ciclo para prepararme para el cambio. Quizá la fecha de mi certificado de nacimiento estuviera equivocada. ¡Dios, me estaba aferrando a un clavo ardiendo, tratando desesperadamente de encontrar una respuesta sencilla!

Sabía que no podía contarle a nadie que todavía no me había transformado. Había esperado mucho tiempo y trabajado muy duro para que me aceptaran. No quería enfrentarme al hecho de que tal vez no fuera una cambiaformas. Había otra razón por la que no me había transformado. Fuera la que fuera, la descubriría.

Agarré la mochila y empecé a caminar. Había planeado trotar hasta el recinto, abrazando a mi nuevo ser, con el viento alborotándome el pelaje. En lugar de eso, recorría penosamente el parque, obligando a mis pies a seguir adelante, uno delante del otro. Tenía que haber una explicación para lo que no había ocurrido. Pensé en la posibilidad de hablarles a los mayores de mi situación. Eran tan ancianos que lo sabían todo. Pero no quería que nadie supiera la verdad.

Si la descubrían, me mirarían con pena o con horror. Convivíamos con los humanos, pero ninguno de nosotros quería ser como ellos. Eran unas criaturas patéticas, estáticas, siempre encerradas en la misma forma. Los demás, incluso, podrían expulsarme, y no podía arriesgarme a eso, con el peligro acechándonos. Yo era una guardiana oculta. Era lo que siempre había deseado ser.

¿Cómo iba a ser ahora capaz de mirarme en el espejo, a ver lo que era realmente... o lo que no era?



Como temía que los mayores enviaran a algunos guardianes a buscarme, tomé un camino más largo hacia Wolford. Necesitaba pasar algo de tiempo sola para armarme de valor y poder enfrentarme a todos sin revelar nada. No me resultaría fácil. Yo nunca había estado de acuerdo con endulzar las cosas. Me conocían por ser sincera y enfrentarme a las situaciones tal y como venían. Pero situarme frente a mi propia realidad iba a ser tremendamente difícil.

Muy poca gente me había aceptado completamente en el pasado. Si descubrían que no podía cambiar, me verían como un bicho raro. Ya había sido bastante malo recibir alguna mirada extraña porque ningún chico me había elegido como su pareja. No quería tener que enfrentarme a que los otros supieran que no me había transformado cuando debía.

Casi era mediodía del día siguiente cuando me encontré con los restos de una hoguera en la orilla de uno de los ríos que atraviesan el parque nacional. El corazón comenzó a latirme a mil por hora cuando me arrodillé y tomé algo de ceniza entre los dedos. No estaba nada caliente y yo no había visto ninguna luz en la zona cuando me acosté la noche anterior. Podrían haber pasado varios días desde que alguien hubiera estado allí... pero parecía más reciente. No podía explicar por qué, pero así lo sentía.

El vello de los brazos se me puso de punta cuando miré la corriente del río, que fluía rápidamente. Podría ser que alguien que hubiera estado practicando *rafting* hubiera venido a acampar aquí para pasar la noche. Un poco más abajo la corriente se convertía en una serie de curvas cerradas y agua turbulenta. Para los entusiastas del deporte



era fantástico, pero normalmente los acompañaba un guía que los llevaba de vuelta antes de llegar tan al norte, tan cerca de Woldford.

Parecía algo paranoico tener una sensación tan mala sobre lo que acababa de descubrir, pero no podía evitar pensar que algo no iba bien. Recorrí el campamento lenta y cautelosamente y vi varias pisadas de botas. Pude distinguir hasta cuatro pisadas diferentes. Era evidente que habían llegado por el río y se habían marchado de la misma manera. Descubrí un surco en la orilla, por donde habían arrastrado la balsa de goma fuera del agua.

Al otro lado del campamento vi una zona en la que parecía que hubieran borrado las pisadas con una rama. Las marcas de la broza se detenían cerca del follaje espeso. Cogí un palo largo y empecé a meterlo entre los arbustos. Oí un chasquido al activar el mecanismo que sospechaba que estaba oculto. El palo salió disparado de mi mano cuando el lazo se cerró a su alrededor y la cuerda lo levantó en el aire. Se quedó colgando por encima de mi cabeza, con las ramas dando sacudidas por el movimiento repentino.

Era una trampa. Una de las más simples, pero peligrosa. Era capaz de matar a un animal, pero también era posible que sobreviviera aunque fuera atrapado y levantado del suelo. A juzgar por el sistema, lo habían diseñado para capturar a un animal de tamaño medio. No era para un conejo ni para un oso. Era para un lobo.

Sentí un escalofrío y di un paso atrás. Me apostaría el pellejo a que sabía quién era el responsable. No se trataba de cazadores, de deportistas ni de nadie obsesionado con la supervivencia.



Era Bio-Chrome. Nuestro enemigo. Estaban redoblando sus esfuerzos por capturar a un cambiaformas y cada vez estaban más cerca de descubrir Wolford.

Tenía que volver rápidamente. Debía advertirlos. Esperaba que no fuera demasiado tarde.

Sentí un inmenso alivio cuando, por fin, llegué a Wolford y vi que la residencia principal aún estaba en pie. No encontré ningún indicio de violencia. Nada parecía fuera de lo normal.

Como había estado dos días fuera de Wolford y no había tenido prisa por regresar, hasta que descubrí la trampa, ya era casi medianoche cuando llegué a la verja de hierro forjado que rodeaba el recinto. Hace unos doscientos años, vivía allí la mayoría de los cambiaformas, ocultos al resto del mundo. Pero según se iba modernizando e industrializando la vida, habían pasado a vivir entre los humanos, beneficiándose de sus logros y contribuyendo a ellos. Ese parque todavía era nuestro verdadero hogar, el único lugar donde podíamos ser nosotros mismos y celebrar lo que éramos.

Deslicé una tarjeta de acceso en la ranura y la verja se abrió automáticamente. Me resultaba un poco extraño que fuéramos una mezcla de lo antiguo y lo moderno. Usábamos tarjetas de acceso, pero todavía creíamos en el antiguo ritual de que los hombres eligieran a sus parejas. Figúrate.

Atravesé la verja y me quedé parada hasta que se cerró. Al hacerlo, el sonido retumbó en mi interior. Siempre he encontrado consuelo aquí. Ningún enemigo ha sido nunca capaz de traspasar nuestros muros. Aquí, la tradición ha ido pasando de generación en generación. Cerré los ojos, inspiré profun-



damente e intenté atraer hacia mí la calma de mis antepasados. Pero no me sentía bienvenida, más bien como si fuera una extraña o, peor aún, una impostora.

Deseaba que mi madre estuviera conmigo. No la necesitaba con frecuencia. Siempre he querido ser independiente, así que me resultaba difícil admitir que ansiaba que ella me abrazara. Me había sentido aliviada cuando se marchó a Europa porque sabía que no estaría a mi alrededor para entrometerse. Pensé que no podría soportar que se preocupara constantemente y anduviera siempre rondándome. Quería a mi madre, pero estaba siempre demasiado pendiente de mí, intentando protegerme. Yo me había rebelado un poco para liberarme de sus ataduras emocionales. Sabía que lo hacía de buena fe, pero a veces sentía como si ella me asfixiara.

En cuanto a mi padre, nunca había estado presente en mi vida. Según parece, había visto a mi madre durante su primera transformación, se había quedado el tiempo suficiente para dejarla embarazada y después había desaparecido. Mi madre se las había apañado bastante bien sin un hombre en su vida, y esa era la razón por la que yo estaba convencida de que no iba a necesitar a un chico para transformarme.

Caminé hacia la enorme mansión, que era prácticamente lo único que quedaba de todo lo que una vez habíamos tenido. Había algunos edificios a su alrededor que contenían suministros y algunos artículos de supervivencia, pero cuando los de nuestra especie visitaban Wolford, se alojaban en esta estructura mastodóntica de estilo gótico donde tiempo atrás las familias habían disfrutado de una existencia comunal. Se



había reformado para añadirle todas las comodidades modernas. Nuestros mayores vivían en ella todo el año.

Como estaba oculta en el parque nacional, nos ofrecía un refugio seguro. Los guardianes ocultos trabajaban como guías forestales, también conocidos como «serpas», y mantenían a la gente alejada de las zonas secretas del parque que considerábamos vetadas a los extraños. Aunque, en realidad, considerábamos que todo el parque era nuestro, pese a que el Gobierno había reclamado una parte.

Con el rabillo del ojo capté cierto movimiento y me agaché rápidamente para adoptar una posición defensiva. Había perfeccionado mis actos gracias a las largas horas de entrenamiento para la supervivencia. Para mi sorpresa, vi a Connor dirigirse a un espeso bosquecillo. Aunque estaba de espaldas, reconocí sus zancadas. Caminaba como si nunca tuviera prisa por llegar a los sitios. La luz de la luna se reflejaba en su cabello rubio rojizo y perfilaba su cuerpo, bien tonificado. Era alto y delgado, pero yo sabía que poseía la fuerza de todos los cambiaformas. No solo ocultábamos nuestra habilidad para transformarnos, sino también el poder que la acompañaba. Al mirarnos, muy pocas personas sabían lo fuertes y hábiles que éramos.

Vi a Connor desaparecer entre los árboles y me pregunté por qué estaría solo. ¿Dónde estaba Lindsey? Normalmente, una pareja se volvía completamente inseparable después de compartir una transformación. ¿Acaso había problemas en el paraíso?

No sabía muy bien qué sentir al respecto. Por mucho que deseara que Connor se fijara en mí, que me reclamara como su pareja y se transformara conmigo, no quería que Lindsey



lo tratara mal. Tampoco pretendía que él le hiciera daño a Lindsey. Ella era una amiga. Egoístamente deseaba a Connor pero, desinteresadamente, les deseaba lo mejor a los dos. Esos sentimientos desconcertantes y contradictorios me inquietaban. Por lo general, yo siempre sabía lo que quería.

Eché una mirada rápida a mi alrededor. No se veía a nadie más. Debería dejar que Connor se fuera, pero nunca me había sentido tan sola ni tan destrozada en mi vida. Necesitaba sentirme unida a alguien. ¿Por qué no a él? Solo durante unos minutos. No le iba a pedir que engañara a Lindsey. Yo tenía mis principios. Nunca le robaba el novio a otra chica, pero eso no significaba que no pudiera hablar con él y conseguir mi dosis de Connor.

Como había caminado bastante desde la luna llena, estaba sucia y desaliñada. Normalmente me habría tomado mi tiempo para arreglarme, ya que no me gustaba que Connor me viera de cualquier manera, pero no deseaba dejar pasar la oportunidad de hablar con él a solas. Tal vez porque, aunque él no sintiera una conexión conmigo, yo sí la tenía con él. Me sentía patética por estar loca por un chico que se preocupaba por otra persona, pero en ese momento no podía dejar de lado mi deseo de oír su voz.

Lancé la mochila hacia la casa y corrí en la dirección en la que había visto marchar a Connor. El césped cubierto de rocío dejaba un rastro claro, pero en cuanto alcancé el bosque este se hizo difícil de seguir. La hierba no era espesa alrededor de los árboles y la luz de la luna, que se filtraba entre las hojas, era bastante escasa. Si me hubiera transformado habría sido capaz de capturar su olor y seguirlo. Todos los sentidos se agudizaban después de la primera transformación. Los



cambiaformas adquirirían una excelente visión nocturna y sus sentidos del olfato, del oído y del gusto aumentaban considerablemente.

Pero yo solo contaba con mi instinto, así que seguí caminando hacia delante, esperando que él hubiera hecho lo mismo. Connor no era mi pareja, pero éramos amigos. Y, en ese momento, necesitaba un amigo. Desesperadamente.

Los bosques nunca estaban totalmente silenciosos por la noche y yo me sentía reconfortada al escuchar los familiares ruidos. Oía los sonidos de los insectos. Una lechuza ululó. Escuché a una criatura pequeña, probablemente un roedor, removiendo las hojas secas que cubrían la tierra. Pero no podía oír ninguna pisada aparte de las mías. Me pregunté si Connor se habría transformado y se habría ido. Pero no veía su ropa por ninguna parte.

Por fin, los árboles dieron paso a un arroyo de aguas poco profundas que se derramaban sobre las rocas, creando una bella canción de cuna natural. Y allí, sentado a la orilla, tan inmóvil como una estatua, estaba Connor.

El corazón me dio un pequeño vuelco, igual que siempre que me acercaba a él. A veces, cuando estábamos guardando suministros, preparándonos para guiar a los excursionistas por el bosque, nuestros hombros se rozaban y yo sentía como si una flecha me atravesara desde el hombro hasta los dedos de los pies. Ya sé que era una locura que me sintiera tan afectada por su cercanía. Me dolía pensar que nunca podríamos ser más que amigos, que él siempre pertenecería a otra persona.

Si fuera inteligente me daría la vuelta, volvería a la mansión y seguiría con mi vida. Pero, obviamente, no tenía ni una



pizca de inteligencia, porque seguí caminando hasta que llegué a su lado. Él no me miró. Se quedó observando el agua.

Había muchas cosas que quería decirle, muchas cosas que no podía explicar, cosas que no quería que supiera. Pero sentí que me invadía la calma al mirar su perfil, tan familiar, a la luz de la luna. Sus rasgos poseían una aspereza que yo asociaba con los guerreros. Tenía su fuerte mandíbula casi oculta por su enmarañado y rubio pelo. Deseaba acariciárselo. Deseaba desesperadamente soltarme la trenza y que Connor hundiera los dedos en mi cabello. Quería esconder la cara contra su cuello y sentir sus fuertes brazos a mi alrededor. ¡Quería tantas cosas que no podía tener! No sabía si sería capaz de conformarme solo con una amistad ahora que sabía que él estaba totalmente fuera de mi alcance.

—Supongo que ya te has enterado —murmuró finalmente con voz dura.

Connor no solía enfadarse, pero yo lo había visto furioso cuando supimos que algunos científicos humanos que trabajaban para Bio-Chrome habían descubierto que existíamos y pretendían usarnos en su propio beneficio. Connor pensaba que saldríamos victoriosos y, milagrosamente, la vida volvería a la normalidad. O a lo que era normal para nosotros.

Pero al escuchar sus palabras llenas de furia me imaginé unas situaciones horribles. ¿Habría capturado Bio-Chrome a Lindsey? ¿La trampa que yo había descubierto era una entre muchas? ¿La habrían matado? ¿Por eso Connor estaba solo? ¿Estaba de luto? ¿O acaso ella no se había transformado? ¿Había ido algo mal con la luna? Por primera vez en días me agarré con fuerza a una minúscula esperanza de que el error hubiera sido de la luna llena, y no mío.



—¿Enterarme de qué? —pregunté en voz baja.

Entonces vi el vendaje blanco que asomaba por debajo de la manga de su camiseta. No llevábamos vendas con frecuencia. En forma de lobos, los cambiaformas podían curarse increíblemente rápido, a menos que la herida hubiera sido provocada por algo de plata o por el mordisco de otro licántropo. Entonces no se curaba nunca y dejaba una cicatriz. Nuestra habilidad para sanarnos era una de las cosas que nos hacía tan atractivos para Bio-Chrome. Incluso en el fragor de la batalla, solo las peores heridas podían ralentizarnos, porque nos curábamos continuamente, y eso nos proporcionaba una especie de constante armadura.

—Estás herido —susurré y, a pesar de mis mejores intenciones, alargué una mano y pasé los dedos cerca del vendaje.

Sentí que sus firmes músculos se agitaban y se tensaban al rozarlos. Nunca lo habría acariciado a propósito. Su piel era suave y cálida. Quería descubrir cómo sería acariciarle la cara, el cuello, el pecho... Quería descubrir qué sentiría al acariciárselo todo.

—Rafe —pronunció esa única palabra como si lo explicara todo.

Rafe era un guardián oculto y pertenecía a nuestro grupo, integrado en el equipo de serpas. Tenía el cabello y la piel tan oscuros como los míos. Habíamos crecido juntos y había luchado contra nuestros enemigos a nuestro lado. Era tan leal a mi especie como cualquiera de los míos.

—¿Rafe te ha mordido?

Connor soltó un gruñido y yo pude sentir que el enfado surgía de él en oleadas.



—Yo le devolví el mordisco. ¡Ojalá hubiera tenido la rabia! Se lo tendría merecido.

—No lo entiendo, Connor. ¿Dónde está Lindsey? ¿Qué ha pasado?

—Rafe me retó por ella.

—¿Qué? ¿Quieres decir lobo contra lobo?

Un reto nunca se hacía a la ligera. La tradición decía que, cuando un lobo retaba a otro, era una lucha a muerte.

—Sí.

—¡Oh, Dios mío! Pero tú eres su pareja. La declaraste como tal y ella te aceptó. —La chica siempre se reservaba el derecho a no elegir al chico que la había declarado su pareja. Pero yo nunca había conocido ningún caso—. Habéis estado juntos desde que...

—Bueno, sí. Aparentemente, elegí mal.

Siguió mirando al frente, como si estuviera avergonzado, o tal vez no quería que yo viera en sus ojos el rechazo y la pérdida. Sabía que estaba sufriendo. Cada músculo de su cuerpo lo decía. Él siempre había amado a Lindsey. ¿Se sentiría mejor si yo le dijera que lo amaba? Seguramente, no. Yo no podía reemplazar lo que él había perdido.

—Lo siento.

Y era cierto. Eso era exactamente lo que yo siempre había deseado, pero ahora que había ocurrido me sentía culpable, como si el hecho de haberlo querido hubiera conseguido que se hiciera realidad y que él estuviera sufriendo.

—No es culpa tuya. Las cosas son así, pero es difícil aceptarlas, ¿entiendes?

—Sí.



Giró la cabeza y me miró directamente. Aun con la luz de la luna no podía ver sus ojos azules, que eran un poco más oscuros que los míos, pero lo que vi me sorprendió. No estaba triste. Más bien parecía enfadado consigo mismo. Entonces esa mirada desapareció, como si no quisiera revelar demasiadas cosas. Y la mirada que ocupó su lugar me sorprendió todavía más. Encontré admiración en sus ojos.

—Veo que has sobrevivido a tu luna llena. No puedo creer que lo hayas hecho tú sola. Has tenido muchas agallas. Nadie ha dudado nunca de tu valor, pero lo que has hecho es increíble.

Me remordió la conciencia porque estaba alabándome cuando no lo merecía. Quería contarle la verdad. La carga de lo que yo era (o no era) me pesaba tanto que tenía miedo de que se quedara horrorizado al descubrirlo. ¿Cómo no iba a estarlo?

Nunca jamás habíamos permitido que un no cambiaformas entrara en nuestro círculo más íntimo. Me sentía muy confusa por lo que yo era en realidad: una cambiaformas de la que, de alguna manera, la luna había pasado, pero por quien regresaría más tarde o alguien que nunca sería más de lo que ya era en ese momento.

Si se trataba de lo último, ¿qué sentido tenía existir? ¿Cómo podía proteger a los cambiaformas si no era uno de ellos? Pero tampoco podía darles la espalda.

Aparté la mirada de Connor y la fijé en el agua. La luz de la luna se reflejaba en ella y hacía que estuviera mucho más bonita que durante el día.

—No fue para tanto. —Sobre todo porque no había ocurrido nada.



—Oye, como todos los chicos, yo pasé solo por ello. Y es brutal.

—No quiero hablar de ello. Ha sido una experiencia muy íntima.

—Por supuesto.

No sé por qué me sentí decepcionada por su respuesta. Supongo que porque quería que Connor mostrara el suficiente interés como para arrancarme la verdad.

—¿Sabías que a Lindsey le gustaba Rafe? —me preguntó.

—Habló de él un par de veces. —Y siempre me molestó que lo hiciera. Si Connor hubiera sido mío, nunca habría mirado a ningún otro chico. Mi voz sonó un tanto dura cuando añadí—: Siempre pensé que no te valoraba. Estás mucho mejor sin ella.

Él dejó escapar una risa áspera.

—Típico de ti. Nunca tienes miedo de decir lo que piensas. Siempre he admirado eso de ti.

Si me hubiera muerto en ese momento, habría muerto feliz. ¿Connor había admitido que admiraba algo de mí? ¿De mí? Tuve ganas de sonreír y de reír a pesar de que antes había creído que no volvería a tener ganas de hacerlo nunca. Quería decirle que había muchas cosas de él que yo admiraba y que me gustaban, pero pensé que no era el momento adecuado.

Como no dije nada, se instaló un silencio entre nosotros y comenzó otro tipo de comunicación. Nos estábamos mirando a los ojos y me pregunté si él me estaba viendo, pero viendo de verdad, por primera vez. Parecía perdido en sus pensamientos, y yo deseé poderle leer la mente. Intenté que mis ojos no reflejaran la profundidad de los sentimientos que tenía por él. Todavía me sentía demasiado vulnerable por la



traición de la luna como para arriesgar mi corazón con Connor. Pero no me daba miedo encontrarme con su mirada y mantenerla. Entonces detuvo sus ojos en mis labios, y sentí un cosquilleo en ellos. ¿Estaba pensando en besarme?

Por mucho que yo deseara que lo hiciera, no quería que me besara hasta que se hubiera recuperado de lo de Lindsey. De ninguna manera iba a ser un segundo plato. Pero me sentía incapaz de dejar de lamerme los labios, de esperar que me besara, de imaginar lo cálido y maravilloso que sería.

Como si saliera de un trance, Connor sacudió ligeramente la cabeza, la echó hacia atrás y miró el cielo estrellado.

—Tengo que correr—dijo con voz áspera y sexi. Se aclaró la garganta y añadió—: ¿Quieres correr conmigo?

Oh, por supuesto que quería, desesperadamente. Pero sabía que no estaba hablando de hacer *jogging* por el bosque. Se refería a transformarse y correr tan rápido que los árboles se volvieran borrosos.

—Enfrentarme sola a la luna llena me ha dejado exhausta—dije. Por lo menos, eso era cierto—. Voy a pasar.

—Entonces, en otra ocasión.—Volvió a mirarme—. Recuerdo cuando me enfrenté a mi primera transformación. Estaba deseando hacerlo, pero también recuerdo el dolor. Los mayores debieron buscar a otra persona que te acompañara si no te gustaba Daniel.

—Sacaron su nombre al azar de un sombrero.—No me molesté en ocultar mi indignación.

—No fue así. Usaron un bol.

Le di un puñetazo en el hombro.

—¡Ay!—Se frotó el hombro, pero estaba sonriendo.



—Fue insultante... para mí y para Daniel. —No era un mal chico, pero tampoco era el adecuado. Habíamos pasado algunos días juntos, pero los dos sabíamos que no había nada que hacer—. No quería una pareja por lástima.

—Te lo estás tomando con una actitud equivocada. No tenías que casarte con él. Se suponía que iba a ayudarte en la transformación. Nada más.

Excepto por la parte en que había que desnudarse completamente. No podíamos transformarnos vestidos. Así que había un factor definitivamente íntimo.

—Ahora ya no importa. La tensión ya se ha terminado. Puedo elegir una pareja en cualquier momento.

—Nunca será como la primera vez que te transformaste. Yo me encogí de hombros.

—Por lo que a mí respecta, la primera vez está sobrevalorada.

Su sonrisa brilló en la noche.

—Bueno, pues no se lo digas a nadie. No quiero arruinarles el misterio a los que todavía no han pasado por ello. —Algo que no pude identificar cambió en sus ojos—. Me alegro de que sobrevivieras.

—Sí, y yo. —Más o menos. Y entonces recordé lo que había visto cerca del río—. Oye, escucha, ¿ha dicho alguien que encontrara trampas en el bosque?

—No, ¿por qué?

—Encontré un cepo a un día y medio de caminata desde aquí, cerca del río.

Se quedó inmóvil, como un depredador cuando huele a su presa. Sabía que había pasado al modo guerrero, que estaba pensando en la estrategia.



—¿Crees que ha sido Bio-Chrome? —preguntó finalmente.

—No lo sé. Puede ser. Estaba diseñado para capturar a un animal del tamaño de un lobo.

Dejó escapar una maldición y entonces me miró con dureza.

—¿Has venido andando desde allí? ¿No se te ocurrió hacerlo en forma de lobo para llegar más rápido?

—Llevaba la mochila. —Sabía que era una excusa muy pobre, y Connor lo confirmó con su respuesta.

—Podrías haberla dejado en algún sitio y regresar después por ella.

Me enfadaba que me estuviera cuestionando... y que tuviera razón. Y que no hubiera podido elegir cómo moverme. Por el momento, solo contaba con dos piernas, así que busqué otra mentira.

—Llevaba algunas cosas con valor sentimental para que me ayudaran a enfrentarme a la transformación. No quería arriesgarme a perderlas. Además, no estamos en peligro inminente, y yo necesitaba pasar algún tiempo sola.

Al ver que apretaba la mandíbula supe que nadie me aceptaría si no podía cambiar. También supe que no me iba a resultar nada fácil mentir sobre ello. Debería haberle puesto una excusa mejor... o que no me hiciera parecer una irresponsable.

—Lo comprobaré —dijo—. En forma de lobo, debería estar de vuelta por la mañana. ¿Estás segura de no querer venir?

Cómo lo deseaba...

—Estoy segura. Borré mis huellas, pero encontrarás mi olor y podrás seguirlo.



Me di cuenta de que no le gustó mi decisión, de que pensaba que estaba declinando mis obligaciones. Al no decirle la verdad, lo estaba haciendo. Pero fuera lo que fuera lo que me había impedido transformarme con la luna llena, era algo con lo que tenía que tratar yo sola.

—Entonces, hasta luego —dijo a regañadientes.

Se dio la vuelta y regresó al bosque, pero no lo seguí. Sabía que se iba a quitar la ropa para transformarse en un lobo. Para ser una especie que pasaba mucho tiempo sin ropa, éramos un grupo pequeño.

Al mirar de nuevo al agua sentí arrepentimiento. Sabía que tenía que haber confesado mi limitación, pero también reconocía que, si lo hacía, me podían expulsar. Pero aunque no pudiera transformarme, podría hacer valiosas aportaciones, como encontrar un modo de proteger a los cambiaformas... sobre todo si lo que sospechaba era verdad: que la trampa la había puesto Bio-Chrome. Todavía nos estaban buscando.

Ya no tenía nada más que hacer excepto volver a la mansión. No podía irme con Connor. Ahora él era libre de amar a otra persona, pero yo estaba fuera de la lista porque no me podía transformar.

Al oír un crujido entre la maleza, miré hacia el lugar de donde provenía. El lobo más hermoso que había visto nunca estaba junto a la orilla. Con aspecto lobuno, Connor siempre me dejaba sin respiración.

Su pelaje, como su cabello, era rubio rojizo, casi castaño claro. Tenía varias tonalidades, más oscuro en el lomo y más claro al llegar a las patas. Quería hundir las manos en su pelo, apretarlo contra mí y confesarlo todo. Deseaba que volviera



a su forma humana, que me abrazara y que me asegurara que todo iba a salir bien.

Pero sabía que nunca ocurriría nada de eso. Si él descubría la verdad, que todavía no me había transformado, se quedaría horrorizado.

Echándome una última mirada, atravesó el arroyo y se alejó, bañado por la luz de la luna. Yo me quedé mirándolo con anhelo hasta que ya no pude verlo. Los cambiaformas se curaban cuando estaban en la forma de lobo, pero no estaba segura de que la transformación curara un corazón roto... ya fuera el suyo o el mío.

